

CRÍTICA DE LIBROS / BOOK REVIEWS

José Antonio ALONSO y Rodolfo GUTIÉRREZ (directores)

Emigración y Lengua. El papel del español en las migraciones internacionales

Madrid, 2010; Ariel y Colección Fundación Telefónica, 304 pp.

El hecho de que alrededor de dos tercios de los inmigrantes económicos en España sean de habla hispana, obliga a preguntarse varias cuestiones. Por ejemplo, ¿la comunidad de lengua entre los países de origen y de destino puede influir en la decisión de emigrar? ¿Y en la selección del mercado de destino? En el caso de los inmigrantes que dominan el idioma del país receptor, ¿disfrutan de una mejor integración social y laboral que el resto de inmigrantes? Estas y otras preguntas, muy frecuentes en la literatura internacional desde hace varias décadas, son novedosas en el caso español. Con motivo de la rapidez y de la intensidad de los flujos migratorios desde finales de los noventa, el número de trabajos académicos sobre este fenómeno ha crecido notablemente. Sin embargo, todavía escasean las obras que profundicen de forma íntegra y exhaustiva en la estrecha relación entre la lengua y la inmigración en España.

“Emigración y lengua. El papel del español en las migraciones internacionales” constituye el quinto número de un proyecto de investigación más amplio promovido por la Fundación Telefónica, “Valor económico del español: una empresa multinacional”. Este quinto volumen se centra, desde un enfoque socioeconómico, en el efecto que produce el dominio del español

para la integración económica y social de los inmigrantes. El trabajo, dirigido por los catedráticos José Antonio Alonso y Rodolfo Gutiérrez, cuenta con la colaboración de un equipo de expertos en la materia, cuyas investigaciones arrojan luz sobre un tema relativamente nuevo en España.

El libro se compone de una introducción —a cargo de los directores del trabajo— y de cinco capítulos. Todos ellos comparten una misma estructura: aproximación al tema en cuestión, en el que se explican, por un lado, los principales enfoques teóricos que tratan de comprender el objeto de estudio y, por otro, se señalan los hallazgos empíricos encontrados hasta el momento tanto en España como a nivel internacional. Tras contextualizar el tema, los autores dan paso a los resultados de su propio trabajo. Uno de los atractivos de esta obra, tal y como se destaca en la introducción, es el uso de los datos de la Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI). Esta encuesta, creada en 2007, aborda, entre otros aspectos, los conocimientos que los inmigrantes poseen del español y sus habilidades lingüísticas, tanto de la lengua materna como de otros idiomas. A pesar de sufrir determinados sesgos —algunos derivados de su carácter transversal—, la ENI contribuye a rellenar un importante vacío en el conocimiento de la situación de los inmigrantes que residen

en nuestro país, problema que hasta el momento se había tratado de paliar con el uso de fuentes de información no creadas específicamente para el estudio de la inmigración (Padrón Municipal Continuo, Encuesta de Población Activa, Estadística de Permiso de Residencia en Vigor a Extranjeros, etc.).

En el primer capítulo, escrito por José Antonio Alonso, se exploran los factores que intervienen en la decisión de emigrar y en la selección de los mercados de destino. Desde un enfoque neoclásico, la emigración responde a un equilibrio en el mercado internacional de los recursos humanos. Así, las diferencias salariales entre países explicarían en buena medida la decisión de emigrar. Este planteamiento, insuficiente en muchos casos, ha sido ampliado con la incorporación de otros componentes clave. Por ejemplo, la evolución demográfica de la población, acompañada por diferentes “ritmos de expansión del empleo, constituye también un factor importante en la explicación de las corrientes migratorias”. A ello hay que añadir otros componentes como los activos móviles con los que cuenta el inmigrante —como el dinero, pero también el capital humano acumulado, entre otros el dominio de la lengua—, y la visión del proyecto migratorio como una inversión en la que se tienen en consideración tanto los beneficios como los costes (transporte, instalación en el país, etc.). Estos desincentivos a la decisión de emigrar pueden reducirse por la presencia de redes familiares, lazos étnicos y vínculos culturales y lingüísticos. La decisión de emigrar, lejos de ser una elección individual, está condicionada por el entorno social y familiar del potencial emigrante.

La emigración, por su magnitud a nivel mundial, se trata de un fenómeno menor en comparación con el peso relativo de otras actividades económicas, tales como el comercio o los movimientos de capital. En 2005 se registraba un *stock* de emigrantes en todo el mundo de 190 millones, es decir, un 3 por ciento de la población mundial. Las regiones que más emigrantes reciben son las más desarrolladas (Europa y América del Norte), aunque cada vez es más difusa “la distinción entre países de acogida, de destino y de tránsito de la emigración”. Véase el caso de México y de la India, ambos países asumen los tres papeles simultáneamente. Desde una perspectiva histórica, las emigraciones masivas no son un fenómeno nuevo. Ya entre 1840 y el inicio de la Primera Guerra Mundial se alcanzó una intensidad de los flujos migratorios como mínimo similar a las experimentadas en la actualidad. Por ello se puede decir que estamos viviendo una segunda *era de las emigraciones masivas*, término acuñado por Hatton y Williamson. Las corrientes migratorias actuales presentan tres elementos novedosos respecto a otros periodos: la *feminización* de la emigración, la *presencia de los “sin papeles”*, y la importante *generación de capital social*.

En el terreno empírico, la comunidad de lengua no siempre ha tenido un efecto estadísticamente significativo en la determinación de los flujos migratorios. De todos los estudios revisados por Alonso, el de Clark, Hatton y Williamson es, según el autor, uno de los más robustos metodológicamente por el número de factores considerados. En él se confirman la mayoría de las hipótesis generadas en la literatura académica sobre las causas de la emigración, entre ellas “la

presencia de una lengua común entre el país emisor y receptor de la emigración”. Aunque en España los estudios sobre este tema son escasos, existen algunos de ellos que también apoyan esta relación entre el uso del español en el país de origen y la selección de España como país de destino. El autor emplea la misma metodología que Clark, Hatton y Williamson, obteniendo resultados similares. Así, concluye, “tener como lengua oficial el español es una variable notablemente significativa en la explicación de la tasa migratoria en España”.

El segundo capítulo se centra en la adquisición de habilidades lingüísticas de los inmigrantes en el país de destino. Las investigaciones más recientes, enfocadas desde la teoría del capital humano, han girado en torno a tres focos de interés: la resolución de problemas de carácter metodológico, la relación entre el uso de la lengua y el aprendizaje (por ejemplo, las dinámicas generadas dentro del hogar), y las implicaciones que los resultados tienen sobre las políticas públicas.

El estudio realizado por los autores de este capítulo, María Miyar y Javier Mato, desvela que son pocos los inmigrantes en España que poseen un conocimiento deficiente del español. Incluso la mayoría de los que no tienen el español como lengua materna son capaces de hablarlo y de entenderlo. Este dominio, no obstante, no se reproduce en el manejo de las lenguas autonómicas entre los inmigrantes residentes en Comunidades Autónomas con una lengua oficial además del español.

Por otro lado, los resultados del estudio confirman que la juventud, un buen nivel de estudios, la proximidad lingüística y el

tiempo de residencia contribuyen al buen dominio del español. Gran parte de los inmigrantes residentes en España responden a alguna o a varias de estas características. Sin embargo, entre los colectivos asiático y africano se detecta un dominio inferior del español, en muchos casos con tendencia a ser crónico. Por ello los autores recomiendan que las “políticas migratorias y educativas que pretenden minimizar el riesgo de exclusión deberían realizar esfuerzos en la enseñanza del español, además de otro tipo de enseñanzas, dirigidos a este segundo grupo de inmigrantes que muestra un conocimiento inicial del español menor y peores perspectivas de incrementarlo”. En general se destaca la importancia de la juventud con la que llegan muchos inmigrantes. El futuro de la segunda generación en relación al dominio del idioma se presenta favorable en este sentido. Otros factores, en cambio, pueden truncar el aprendizaje del español entre el colectivo inmigrante. La concentración territorial de inmigrantes de un mismo origen lingüístico puede reducir la necesidad de aprender el español.

La economía de la lengua ha tenido entre uno de sus principales focos de atención la relación entre las competencias lingüísticas de los inmigrantes y sus logros en el mercado de laboral. El tercer capítulo “Logros laborales de los inmigrantes económicos en España”, escrito por Javier Mato y Rodolfo Gutiérrez, se centra en esta relación. Para el caso estadounidense se han obtenido resultados que muestran cómo el desconocimiento del inglés supone ingresos inferiores en el mercado de trabajo. Los resultados obtenidos en Europa son similares, apoyando la idea de que el

conocimiento del idioma proporciona mayores logros laborales, ya sea en términos de salarios o en el acceso al empleo y a ocupaciones más cualificadas.

Los autores de este capítulo confirman la hipótesis por la cual un mayor dominio del español tiene una “influencia positiva, aunque modesta” en las oportunidades de éxito en el mercado de trabajo, tanto en términos de empleo como de ingresos de los inmigrantes. Aquellos inmigrantes que hablan muy bien el español o que lo tienen como lengua materna experimentan tasas más elevadas de empleo y de asalarización con contratos indefinidos, además de disfrutar de más de un empleo. Mientras que los inmigrantes con un conocimiento deficiente del español suelen estar empleados en ramas como la construcción o la agricultura, los que muestran un mayor dominio del idioma logran desmarcarse de la segmentación laboral y ocupar ramas poco frecuentes entre inmigrantes, tales como la educación, la sanidad y el transporte. Respecto a la ocupación, de nuevo son los inmigrantes con mayor dominio del idioma quienes ocupan puestos directivos y administrativos, lo cual confirma que el acceso al empleo cualificado está estrechamente relacionado con el idioma.

También se ha constatado la relación con las transiciones hacia sectores y ocupaciones más valoradas. El dominio del español se muestra relevante en las trayectorias hacia empleos más cualificados, actuando en ocasiones como compensación ante la carencia de capital humano. Así, parece confirmarse que existe cierta sustitución entre un alto grado de conocimiento del idioma y el tiempo de residencia en España. Por último, quienes hablan

muy bien el español pueden disfrutar de ingresos más elevados. No hablar el idioma penaliza en general a todos los inmigrantes, pero en mayor medida a las mujeres. Los autores concluyen que se espera que un mayor control del idioma contribuya, “a medio y largo plazo, a facilitar su acceso a empleos de alta cualificación”.

Los estudios sobre la importancia de la lengua en la integración social de los inmigrantes son más escasos que la investigación sobre el éxito económico. En el cuarto capítulo se aborda este tema y los autores, Rodolfo Gutiérrez y María Miyar, señalan que la carencia de este tipo de estudios se deben principalmente a razones de tipo conceptual y teórico—un ejemplo de ello es la gran variedad de términos utilizados para referirse a la integración—, pero también de carácter técnico. La escasez de datos estadísticos sobre logros de integración social ha sido paliada, en buena parte, con la aparición de la ENI.

Los autores, sin entrar en debates normativos e ideológicos, adoptan una postura próxima a la asimilación, teoría que ha sido cuestionada por otros enfoques como la corriente de la “nueva inmigración” y el “diferencialismo”. El retorno de la teoría clásica de la asimilación reaparece con un interés particular hacia la integración cívica, entendida como lo “opuesto a la segregación, la “guetización” y la marginalización”. Lo valioso de este nuevo punto de vista es su componente analítico, que distingue entre el carácter multidimensional y multigeneracional de la integración. Se apoya la idea de que la integración puede producirse a lo largo de diferentes etapas. Mientras que un primer momento el capital cultural específico del inmigrante

puede ofrecer un rendimiento mayor, en etapas posteriores el éxito de los procesos de integración depende en gran medida de la adquisición de recursos genéricos del país receptor, como la lengua común y el capital social. La revisión de la teoría clásica de la asimilación defiende que la lengua de la sociedad receptora cumple diversas funciones en la integración de los inmigrantes.

Gutiérrez y Miyar analizan la influencia del conocimiento del español en dos dimensiones: el envío de remesas y la calidad residencial. El primero de ellos sería indicativo de una fuerte vinculación con la sociedad de origen. Por ello, un dominio del español debería suponer un mayor intercambio con el país receptor al mismo tiempo que el envío de remesas con el grupo de origen debería reducirse. La segunda dimensión es un indicativo de mayor asimilación individual respecto al grupo étnico. Así, se espera que quienes dominen el español hayan experimentado una mayor movilidad residencial además de disfrutar de viviendas de mayor coste y, por tanto, de más calidad.

Los resultados muestran que cuando el español es la lengua materna del inmigrante parece haber una mayor integración en algunos de sus indicadores parciales: menor participación en el envío de remesas, una mayor movilidad residencial, mayor calidad en la vivienda, así como una mayor participación en asociaciones cívicas no específicas de inmigrantes. El *índice sintético de integración*, creado por los autores a partir de cinco indicadores, muestra que los inmigrantes con lengua materna española experimentan un nivel de integración superior al resto de grupos,

aunque la diferencia es modesta, en parte debido al escaso tiempo de residencia. Por ello, se espera que un mayor tiempo de estancia refuerce el valor del español en los logros de integración social. La diferencia entre los inmigrantes económicos y no económicos es mayor; especialmente peculiar es el hecho de que los inmigrantes con lengua materna indoeuropea y, con menor intensidad, los de lengua romance, presentan indicios de integración superior a los de lengua materna española. En definitiva, en comparación con los logros laborales, la influencia del español es menos determinante en la integración social de los inmigrantes.

En el último capítulo, Rodolfo O. de la Garza, Jerónimo Cortina y Pablo M. Pinto estudian en qué medida los mercados laborales recompensan a los hispanos residentes en Estados Unidos por comunicarse en inglés y en español, es decir, el rendimiento del bilingüismo. Aunque desde la teoría económica clásica las habilidades lingüísticas se consideran capital humano y, por tanto, se esperaría una correlación positiva entre los ingresos y el bilingüismo, la literatura empírica estadounidense desestima dicha relación. La razón, argumentan los autores, podría residir en la antigüedad de los datos. Desde hace algunos años el incremento de la presencia de inmigrantes hispanos en Estados Unidos, así como la integración económica de Latinoamérica, podrían estar premiando el bilingüismo. Los resultados de este trabajo así lo confirman. Por un lado aparece una relación entre el aumento de los ingresos salariales y un mayor dominio del inglés, como ya se había comprobado en anteriores estudios. Por otro, y lo más importante, el efecto negativo

del bilingüismo desaparece, de manera que los hispanos que hablan español en su entorno familiar y que también poseen un alto nivel de inglés disfrutan de unos ingresos ligeramente superiores a los hispanos que sólo hablan inglés.

Sin embargo, este trabajo también ofrece unos resultados inesperados: el bilingüismo tiene un efecto negativo en los salarios de algunos sectores económicos, en concreto en los puestos de supervisión y dirección en la industria. Otro resultado llamativo es que los hispanos bilingües reciben un salario inferior que los que sólo hablan inglés en todo el sector público. El origen de estas relaciones es incierto, puesto que los datos no permiten esclarecer los mecanismos subyacentes. No obstante, los autores barajan diferentes causas, desde factores de discriminación laboral negativa hasta la reducida movilidad ascendente o el uso de servicios educativos de menor calidad.

En resumen, “Emigración y lengua. El papel del español en las migraciones internacionales” es un libro de máxima actualidad que por sus resultados y el rigor de sus investigadores se convierte en una obra de consulta obligada. La inmigración se ha convertido en el cambio social de los últimos años de mayor repercusión e impacto en España. La relación positiva entre idioma y emigración convierte a nuestro país en un lugar predilecto para muchos hispanohablantes de todo el mundo. Al mismo tiempo el valor del dominio de la lengua es de vital importancia para la integración social y, sobre todo, económica de los inmigrantes. El libro dirigido por Alonso y Rodríguez nos permite ahondar en esta relación hasta ahora prácticamente sin explorar en nuestro país, ofreciendo claves para comprender el complejo fenómeno de la inmigración y orientar futuras políticas públicas.

JACOBO MUÑOZ COMET
Departamento Sociología. UNED